

Paradojas y heterotropías en los espacios biográficos que han constituido mi identidad profesional como docente y pedagogo

David Pérez Arenas

Doctor en Pedagogía. Docente-Investigador del Instituto Superior de Ciencias de la Educación del Estado de México (ISCEEM), División Nextlalpan. david.perez.isceem@edu.mx

Reconocernos como educadores o pedagogos con compromiso social, implica asumirnos a su vez como sujetos sociales y conformar una mirada, es decir un ángulo desde el cual nos posicionemos para hacer una lectura y/o transformación de la realidad, Daniel Saur señala que ello implica una adscripción teórica, institucional y biográfica, que nos permita conformar esquemas de pensamiento y orienten en la toma de decisiones en un campo de estudio o práctica social.

Mi propósito es compartirles algunas de las heterotropías que conformaron mi identidad profesional, asociadas con mi adscripción biográfica, pero será necesario hacer referencia a las paradojas asociadas con mi adscripción institucional, así como a algunas categorías teóricas a las que recurro para nombrarlas. A ver como resumo las más de 20 cuartillas que redacte en pleno proceso de convalecencia de la Covid-19, en relación con esta tarea.

Sea este escrito un bosquejo para responder después la siguiente pregunta: ¿Cuáles han sido las experiencias de vida o acontecimientos que a manera de paradojas y tensiones he vivido en las fronteras de los espacios educativos convencionales (heterotropías) que biográficamente, me han interpelado y han incidido en la constitución de mi identidad profesional como educador y pedagogo?

Escolarización y mística magisterial, mi adscripción institucional

En mis primeros años como profesionista, cuando hacía referencia a los acontecimientos más significativos que habían conformado mi

identidad profesional como educador, por lo general me refería a los sustentados en una idea de formación desde la continuidad y socialización, tal y como lo propuso Durkheim (s/f), me ocupaba más de la importancia de mi trayectoria escolar como profesor normalista, con todos los símbolos y rituales que me dejaron huella en una vocación de servicio, compromiso social y en el soldado que todavía llevo dentro de mí.

Una mística magisterial y vocación de servicio cercana al apostolado que aunada a mi precariedad social, cultural y económica, contribuyeron a que me tragara el imaginario social del docente normalista y a punto estuvieron de convertirme en el protagonista de la película de *El Ángel Azul*. “Educar para redimir” y formar ciudadanos ejemplares, guiados por las ideas de progreso, orden social, y la moral doméstica, profesional y cívica, a la que también refería Durkheim (s/f).

La UNAM: ruptura-apertura de nuevos horizontes

Uno de los acontecimientos que dejó una huella muy profunda en mi identidad profesional fue estudiar pedagogía en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM); no sólo porque la formación académica que me brindó generó una de las mayores paradojas constitutivas de mi identidad, ser normalista y universitario, al provocar una ruptura o dislocación de los símbolos que había condensado en torno a la educación y el ser un educador; me brindó los elementos para reconocer que esta profesión requería o implicaba algo más que una mística, subordinada al imaginario social y al Estado.

La UNAM me introdujo no sólo a los debates teórico-epistémicos en torno a la legitimidad científica o ideológica de la pedagogía y/o la(s) ciencias de la educación, sino a sus implicaciones en las propuestas curriculares y en las prácticas profesionales de los pedagogos; pero, sobre todo, a su articulación con la dimensión política, condensada en el movimiento estudiantil que nos llevó a tomar en ese entonces a la Escuela Nacional de Estudios Profesionales Acatlán por varios días, y conseguir el cambio de plan de estudios de la carrera, lo que repre-

sento la apertura de nuevos horizontes, para mi identidad profesional como pedagogo.

Hasta hace algunos años reconocía a los espacios anteriores como aquellos que habían sobredeterminado mi identidad y práctica profesional; sin embargo, hace poco más de diez años, tuve la oportunidad de conocer otros espacios y vivir otras experiencias que también han estructurado, dejado huella o incidido en la Tlamatchia u operación pedagógica en torno a mi identidad profesional.

Heterotropías o los no lugares en mi formación e identidad profesional

Las heterotropías son esos otros lugares diferentes, esas impugnaciones míticas y reales del espacio en que vivimos, imposibles de ubicar en tiempos particulares, contruidos en el intersticio de nuestras palabras, en la espesura de nuestros relatos, o bien, en el lugar sin lugar de nuestros sueños, en el vacío de nuestro corazón... en la dulzura de nuestras utopías; de manera que como dice Foucault (1966) no vivimos, morimos y amamos en un espacio neutro y blanco, sino en un espacio cuadrulado, recortado, abigarrado, con zonas claras y zonas de sombra, diferencias de nivel, escalones huecos, relieves, regiones duras y otras desmenuzables, penetrables y porosas.

Lo anterior me llevó a reconocer que no nos formamos ni conformamos nuestra identidad solo en los espacios institucionales y tiempos convencionales, asociados con las luces que por lo general nombramos, por no decir presumimos cuando se nos pregunta sobre nuestra identidad profesional y vomitamos nuestro currículum; pero si nos respondiéramos esta pregunta a nosotros mismos en la soledad y el silencio de la media noche, podríamos identificar muchas sombras, claro-oscuros, huecos y zonas porosas que generalmente resultan impenetrables a nuestra conciencia.

Durante mucho tiempo no solo cuestionaba esos lugares como espacios de formación, sino los veía como amenazas, pues por lo general nos remiten a los lugares prohibidos que toda sociedad tiene,

yuxtaponiendo espacios y elementos que normalmente deberían ser incompatibles entre sí, generando tensiones y paradojas en nuestros procesos de formación.

Me referiré a tres de las heterotropías y paradojas que identifico han conformado mi identidad profesional como educador y pedagogo.

La primera cuando era estudiante en la Normal, y me había tragado el imaginario social de la mística magisterial y la moral doméstica de las buenas costumbres, me pidieron redimiera a un niño-joven de once años, en peligro de ser un desertor, un candidato a la calle, las drogas y todo lo que ello se supone implica, lo poco que logré fue dejar que sus padres le permitieran estudiar música, era su pasión; pero él no sólo me introdujo y despertó mi gusto por el rock, sino que me ayudó a comprender todo lo que culturalmente éste representaba, y derrumbó los mitos que socialmente en torno a él se promovían desde la Normal y la sociedad.

La segunda, ya como estudiante de la UNAM, con un compañero que provenía de CCH y en un primer encuentro discutimos, por el cuestionamiento y mofa que hacía de nuestros símbolos patrios, pero sobre todo del Himno al Estado de México, que aún con su prepotente existencia moral, me llenaba de orgullo, pues había sido parte del ritual cuando me titulé de la Normal. Años después, me llevó a un recorrido por esos lugares prohibidos, bares y tugurios de mala muerte que estaban cerca de la primaria donde yo trabajaba.

Por las mañanas no eran más que puertas cerradas que pasaban desapercibidas, pero por las noches como él me mostraba y preguntaba, quiénes crees que son quienes están aquí, cuántos de ellos son los padres de tus alumnos, cómo explicas esto que vez aquí desde la pedagogía y la educación; información que nunca iba a obtener con las fichas biopsicosociales que aplicaba a mis alumnos al inicio del curso. Como me dijo el maestro de un taller de cuento, para escribir, yo agrego para ejercer la función de educador, *hay que ensuciarse en la vida*, a partir de entonces empecé a interesarme y encontrarle sentido a esos “no lugares” para hacer una lectura de la realidad y de paso disfrutar de una buena cerveza de barril.

La tercera ocurrió el mismo año que presenté el examen del doctorado, después de ir un 13 de agosto a una ceremonia del Aniversario de la Firma de los Tratados de Teoloyucan, mi pueblo, conocí a un hombre de cerca de setenta años, que nunca fue a la escuela, y se le conocía, porque hace ya algunos años murió, como el guerrillero, presidente municipal, luchador social y principal promotor de que el 13 de agosto se reconociera como fecha solemne para toda la nación; a partir de entonces me empecé a incorporar a movimientos sociales promotores de la cultura y la participación social, me encontré en esos otros espacios, con amas de casa, jóvenes y muchas personas sin profesión alguna que han erosionado mi identidad social como pedagogo y educador.

En diez años, conformamos una asociación civil que ahora presido, editamos diez números de una revista cultural, organizamos debates entre los candidatos a la presidencia municipal, organizamos tres exposiciones fotográficas, “Teoloyucan pueblo histórico en busca de su identidad” logramos instaurar un proyecto para el municipio a cabildo abierto, realizamos un festival académico cultural cada año y en este esperamos publicar un libro con narrativas de lo que desde la historia social se denomina la gente común, pero de la cual tenemos mucho que aprender.

Organizamos mesas redondas con historiadores de la talla de Javier Garcíadiego del Colegio de México, Álvaro Matute de la UNAM, Salvador Rueda Smithers, Director del Museo Nacional de Historia; lo sorprendente que yo con todo y mi doctorado no fui quien los contactó y convenció para participar en un panel realizado en el Alcázar del Castillo de Chapultepec, pero más aún replicarlo en un foro al aire libre en Teoloyucan un año después, fue esta gente común con convicciones sociales que sin haber leído a Zemelman me han mostrado lo que es ser un sujeto social.

Referencias

- Durkheim, E. (s/f). *Educación como socialización*. México: Colofón.
– (s/f). *La educación moral*. México: Colofón.

Foucault, M. (1966). des espaces autres (De los espacios otros) texto sobre las heterotopías. Conferencia radiofónica, publicado hasta 1984, revista Architecture, mouvement, continuité. En Foucault, M. (1984). *Fractal, Revista trimestral*.